

From the Pastor's Desk

"Behold, the Lamb of God, who takes away the sin of the world." (John 1:29)

These words recall Christ's once-for-all sacrifice.

Following the sign of peace at Mass, we intone the *Agnus Dei*, or Lamb of God: "Lamb of God, you take away the sins of the world, have mercy on us (2x), Lamb of God you take away the sins of the world, grant us peace (1x)."

Sacrifice was a common method in ancient times for gaining or re-gaining the gods' favor. The Chosen People, who knew the one true God, made sacrifices to Him and continued to do so until the destruction of their temple in Jerusalem (70 CE), where sacrifices took place.

Although human sacrifice was practiced in ancient times, God proscribed this practice at the time of Abraham, after He stopped him from sacrificing his long-awaited son Isaac and provided him with a male lamb, or ram, to sacrifice in Isaac's place.

Lambs were common subjects for sacrifice.

Isaiah refers to the Suffering Servant who will bear the sins of the people of Israel as like a *lamb* led to the slaughter.

The most significant reference to a sacrificial lamb in the Old Testament occurs during the Chosen People's escape from bondage in Egypt. All who sacrificed an unblemished, first-born male *lamb* and placed its blood on the lintels of their home were spared from death – the angel of death would *pass over* their home.

Jesus Christ is the Lamb of God (a designation only made twice in Scripture – and each time by John the Baptist) who allowed himself to be sacrificed on the cross, becoming both priest and sacrifice.

God, in his love, spared Abraham's son from sacrifice. In his love for us, God the Father did not spare his only begotten Son from sacrifice.

As both fully human and fully divine, Christ's sacrifice is a once-for-all sacrifice that is always pleasing to God and saves all who have faith in Christ. It is a sacrifice we re-present at every Mass.

Through his perfect life, death, resurrection, and ascension into heaven, Christ enables us to pass over from sin and death and into new and eternal life in his kingdom. This is the Paschal (from the word Passover) Mystery we share in at every Mass.

— Fr. Brian Kean

Desde el Escritorio del Párroco

"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." (Juan 1,29)

Estas palabras evocan el sacrificio único y definitivo de Cristo.

Después del saludo de la paz en la Misa, entonamos el *Agnus Dei*, o *Cordero de Dios*: "Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros (2x). Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz (1x)."

El sacrificio era un método común en la antigüedad para obtener o recuperar el favor de los dioses. El Pueblo Elegido, que conocía al único Dios verdadero, ofrecía sacrificios a Él y continuó haciéndolo hasta la destrucción del templo de Jerusalén (70 EC.), donde se realizaban dichos sacrificios.

Aunque en tiempos antiguos se practicaba el sacrificio humano, Dios prohibió esta práctica en tiempos de Abraham, cuando lo detuvo de sacrificar a su tan esperado hijo Isaac y le proporcionó un cordero macho, o carnero, para ofrecerlo en su lugar.

Los corderos eran ofrendas comunes para el sacrificio.

Isaías se refiere al Siervo Sufriente, quien cargará con los pecados del pueblo de Israel, como un cordero llevado al matadero.

La referencia más significativa a un cordero sacrificial en el Antiguo Testamento ocurre durante la liberación del Pueblo Elegido de la esclavitud en Egipto. Todos los que sacrificaron un cordero macho, primogénito y sin defecto, y marcaron con su sangre los dinteles de sus casas, fueron librados de la muerte: el ángel de la muerte pasaría de largo.

Jesucristo es el Cordero de Dios — una designación que aparece solo dos veces en la Escritura, ambas en boca de Juan el Bautista — que se entregó a sí mismo en sacrificio en la cruz, convirtiéndose a la vez en sacerdote y víctima.

Dios, en su amor, perdonó al hijo de Abraham del sacrificio. En su amor por nosotros, Dios Padre no perdonó a su Hijo unigénito del sacrificio.

Siendo plenamente humano y plenamente divino, el sacrificio de Cristo es un sacrificio único y definitivo, siempre agradable a Dios y que salva a todos los que tienen fe en Cristo. Es un sacrificio que volvemos a presentar en cada Misa.

Por su vida perfecta, su muerte, su resurrección y su ascensión al cielo, Cristo nos permite pasar del pecado y la muerte a una vida nueva y eterna en su Reino. Este es el Misterio Pascual (del término *Pésaj*, o *Pascua*) que celebramos y compartimos en cada Misa.

— P. Brian Kean